

Así se explicó Bercastel; ¿pero esto basta para derribar la autoridad de los susodichos autores sobre este relato? Que lo decidan mis lectores.»

«No me inclino á creer haya llegado el tiempo de que no se haga ya caso de las *injustas* acusaciones contra los papas franceses. Se ven en la presente historia todos los peligros que han corrido en Italia los Papas: Benedicto XI, según muchos autores, fué envenenado. Cuando la obligación de un Papa era la de arrosstrar estos peligros, hombres concienzudos creyeron seguramente que el nombramiento de un extranjero pondría término á estos disturbios, y la elección de Bertran, como se ha dicho, era en apariencia el único medio de conjurar la tempestad por algún tiempo; en fin, la anécdota es en sí misma tan incompleta, misteriosa y complicada, que mas bien debe tenerse por una fábula que por la verdad,

»Beltran de Got, cuando hubo aceptado la tiara, partió para Lyon á fines de Agosto, donde se hizo coronar el 14 de Noviembre, en la iglesia de San Justo; templo que tan hospitalario fué para Gregorio X, cuando se celebró el concilio del año 1275.

»El cardenal Teodorico Ranieri había él mismo traído de Roma la corona pontifical, con la que fué coronado Beltran, reconocido como pontífice bajo el nombre de Clemente V. Esta ceremonia fué muy brillante. Asistió el rey Jaime de Aragon; también concurrió el de Francia acompañado de Carlos de Valois y de Luis, conde de Evreux, sus hermanos, y Juan duque de Bretaña. Durante la ceremonia de la cabalgata, que se verificó á imitación de las costumbres de Roma, sucedió un grave accidente. Se desplomó una pared, espantóse el caballo del Papa, cayó Clemente, rodó por el suelo la tiara, de la cual se desprendió un rubí de gran valor, que fué inútilmente buscado después de lo acaecido. Juan II, duque de Bretaña, que sostenía una brida del caballo, fué lanzado y pereció en medio del tumulto. El rey y sus hermanos fueron también heridos.

»El 15 de Diciembre, Clemente hizo una promoción de cardenales, nueve eran franceses, el décimo inglés: entre los nueve primeros uno de ellos era su sobrino, y otros tres parientes. Este fué un acto muy reprehensible por el nepotismo de *familia* y de *nación*.

»Clemente, que no había aun manifestado su intención acerca del lugar que escojería para su residencia, viendo que la Italia estaba dominada por las facciones de los güelfos y gibelinos, declaró que establecía la silla pontificia en la ciudad de Aviñon, y nombró tres cardenales, á los que concedió la calidad de senadores, para gobernar á Roma y á las posesiones pontificias de Italia. Antes que el Papa hubiera demostrado su intención de *ser el primero, entre los pontífices, en preferir las salvajes riberas del Rhódano á las afortunadas orillas del Tiber*, como dice el Petrarca, hubo uno de los cardenales que penetró la intención del Santo Padre. El cardenal decano del Sacro Colegio, Rosso Orsini, había dicho al cardenal de Prato, que había influido muchísimo en la elección de Clemente: «Habéis logrado lo que deseabais; pronto veremos el Rhódano, bien conozco á los gascones; mucho tiempo tardará el Tiber en reconquistar el sólio pontificio....»

«Sin embargo, uno de estos Papas llamados *gascones* fué Gregorio XI, que quiso restituir á Roma la autoridad de la Santa Sede. De este modo reparó la falta de Clemente V.

«Para conseguir la paz entre los franceses, pues en todas partes la discordia reinaba con impunidad, dió el Santo Padre explicaciones acerca de la bula *Unam Sanctam*, atribuida á Bonifacio VIII; declarando que por ella los franceses y sus reyes no estaban mas sometidos á la Iglesia romana de lo que lo eran antes de su publicación. Revocó en seguida la otra *Clericis et laicis*, y estableció que debía observarse todo lo prevenido por sus predecesores en el concilio de Letran y otros generales, contra los legos que exigiesen indebidamente de una iglesia ó eclesiástico, tributos é impuestos por cualquier concepto, ó que á ello aconsejasen y diesen ayuda.

«Existía en esto ciertamente un espíritu de conservación de los derechos de la Santa Sede.

«Desde Burdeos, á donde había ido por causa de su salud, el Santo Padre pasó á Poitiers, en cuya ciudad hubo una especie de congreso político relativo á las cosas de Siria. El rey de Francia se había vuelto de esta ciudad con sus cuatro hijos y dos hermanos. Se agitó la cuestión de la conquista del imperio de Constantinopla, recobrado por los griegos y vuelto al cisma.

«En esta época se habló también de la Tierra Santa. El Papa había llamado á Francia al maestre del Temple y al de los Hospitalarios (orden de San Juan de Jerusalem), que se encontraba en levante; habiendo escrito á este último: «Estamos vivamente determinados á socorrer la Tierra Santa, al rey de Armenia y al de Chipre, y pensamos enviarles refuerzos; ved aquí el motivo por el cual hemos resuelto deliberarlo con vos y el maestre del Temple, atendido muy principalmente que vos podeis mejor que todos nosotros aconsejar sobre lo que debe hacerse, por el conocimiento que os han facilitado la proximidad de los lugares, una larga experiencia y reflexiones, y sobre todo que á vos atañe principalmente el negocio, despues de la Iglesia romana. Os ordenamos, pues, que prepareis vuestro viaje, lo mas secretamente que podais, y el menos séquito posible, pues encontrareis al otro lado del mar bastantes miembros de vuestra orden; pero tened cuidado de dejar en el país un buen gobernador ó representante, y caballeros capaces de defenderle, de tal modo, que vuestra ausencia, que no será larga, no reporte perjuicio alguno. Al propio tiempo haced que os acompañen personas que por su talento y fidelidad sean capaces, lo propio que vos, de aconsejarnos bien.»

El maestre de Temple obedeció al momento la orden del Papa y se dirigió á Francia; pero el Hospitalario, habiendo marchado de Chipre, se detuvo en el camino para atacar la isla de Rodas, ocupada por los turcos, bajo la dependencia del emperador de Constantinopla. Los hospitalarios tomaron primero algunas pequeñas islas y algunos castillos, y continuaron esta empresa durante cuatro años, tan pronto sitiadores como sitiados, pero al fin el éxito fué glorioso. Entonces el maestre Hospitalario pidió al Papa le disimulase el retardo de su viaje.

«Los hospitalarios alcanzaron entonces mucha gloria y sobre todo un nombre, el de caballeros de Rodas, que ilustraron por sus continuas victorias marítimas, en las que destruian muchas flotas de sarracenos, y sobre todo por la heroica defensa de aquella ciudad, no entregada hasta que no quedó mas que un pequeño número de caballeros inútiles para las armas. Hablaremos á su tiempo de este bélico hecho que excitó en gran parte el reconocimiento de la Santa Sede.

«El papa Clemente, fiel al espíritu de conciliacion que animaba á los pontífices, confirmó la paz acordada entre el rey de Francia y Roberto, conde de Flandes; recomendó poner mas empeño en la que se preparaba entre Francia é Inglaterra. Escuchó con benevolencia á Carlos II, rey de Sicilia, que debia grandes sumas á la Santa Sede. El Papa empezó por dispensar un tércio, dió un largo plazo para pagar la resta y luego cedió el todo á Roberto, hijo de Carlos, en virtud de una bula consistorial.

«El rey de Francia instaba á Clemente para que condenase la memoria de Bonifacio. El Papa lo rehusó siempre, y á fin de excusarse mejor, procuró salir secretamente de Poitiers para regresar á Burdeos; pero seguido por las guardias del rey se vió obligado á volver á Poitiers. En la convalecencia de una enfermedad causada por los disgustos, confirmó á Carlos la posesion del reino de Hungría, que le pertenecia como sucesor de los derechos que le habia dejado su abuela Maria, hija del rey Esteban y hermana del rey Ladislao. Wenceslao, rey de Bohemia, habia sido elegido para poseer la Hungría, pero Bonifacio decretó debia atenderse al derecho de sucesion y no al de eleccion, mandando á dicho Wenceslao saliera del reino de Hungría bajo pena de excomunion, permitiéndole al propio tiempo alegar lo que creyera oportuno ante la Santa Sede.

«En 1308, un incendio devoró parte de la basílica de San Juan de Letran. Solo respetó la capilla de *Sancta sanctorum*, donde estaban depositadas las cabezas de los apóstoles San Pedro y San Pablo.

«El Santo Padre envió dos comisionados á Roma con una suma para empezar las reparaciones, y suplicó á los reyes de Sicilia y Nápoles concediesen las maderas necesarias para la restauracion de la basílica.

«En 1309, el Santo Padre, pasando por Burdeos, Tolosa, Carcasona, Montpellier y Nimes, acompañado siempre de nueve cardenales, regresó á Aviñon, alojándose en el palacio de dominicos. Al salir de Poitiers habia declarado que trasladaba la Santa Sede á una ciudad afecta á la Iglesia romana, y cuatro años despues de su eleccion, restableció allí su residencia. Fijado en Aviñon desde últimos de Marzo, época desde la cual data la fecha

de la instalacion de los Papas en dicha ciudad, el Pontífice á efecto de satisfacer las súplicas del rey de Francia, repetidas en Lion y Poitiers con un encarnizamiento poco religioso, despues que Benedicto XI habia reconciliado á este príncipe con la Iglesia, el Papa promulgó en pleno consistorio, que seria permitido á cualquiera el promover instancia contra la memoria de Bonifacio. Si Clemente V. hubiese regresado á Italia, no se hubiera visto obligado á tales complacencias. Se nombraron tres cardenales para recibir las acusaciones. Al propio tiempo se enviaron otros á Roma, para recibir los testigos que quisieran presentarse como acusadores de Bonifacio. Vamos á ver el principio de un escándalo, del cual se ha acusado mucho la historia. Guillermo de Nogaret, Guillermo de Plessis, Pedro de Gaillard y Pedro de Manosca, acompañados de un clérigo llamado Alaino de Lamballe, los cinco enviados por el rey de Francia, y seguramente enemigos obstinados de Bonifacio, redactaron una acusacion en forma de escritura pública y la remitieron á Clemente. Dichos documentos se encuentran hoy dia archivados en el Vaticano.

»Al saber tal nueva, los reyes de Castilla y Aragon despacharon embajadores á Aviñon, quejándose al Santo Padre del escándalo que podia cundir entre la cristiandad. Estos príncipes no podian permitir sin el mas vivo dolor y sentimiento, que el soberano Pontífice debiera ser acusado de herejía. Clemente preveyendo que por ningun estilo en nada perjudicaba esto á la Iglesia, porque la memoria de Bonifacio seria completamente justificada, y persuadido que no podria encontrarse herejía en una persona como Bonifacio, que habia confesado y reconocido la verdad católica, insistió en la continuacion del debate, y nombró en 1310 jueces criminales que debian examinar los testigos é instruir completamente el proceso.

»Los calumniadores de Bonifacio y enemigos de la Iglesia, podian haber respondido que los testigos no declararían libremente por miedo; á este efecto el Santo Padre dió el permiso de que cualquiera podia presentar su acusacion á este tribunal, imponiendo la excomunion á todo el que impidiese el libre albedrio de declarar en esta causa.

»El Papa habia nombrado doce defensores de Bonifacio, el

primero de los cuales era Jaime de Módena. Los cardenales Ricardi y Petroni escribieron á favor del acusado. Un infinito número de toda la cristiandad consagraron su pluma á la defensa de este litigio, el mas célebre de los tiempos pasados; y dos caballeros catalanes, Carocci y Guillermo Deboli, pasaron á Aviñon y ofrecieron batirse en campo abierto para sostener la inocencia de Bonifacio.

»¡Debieron, pues, venir extranjeros á Francia... para defender la memoria del Pontífice que habia canonizado al inmortal San Luis, abuelo del rey acusador! ¡Oh tiempo de ingratitud...!

»Sin embargo, Felipe avergonzado de tal ódio y demencia que le sobrecojia cuando se trataba de Bonifacio, permitió que Clemente terminase con su consejo de cardenales este juicio, sin esperar la deliberacion de un Concilio que debia convocarse en Viena.

»En 1310, el Papa declaró á Bonifacio inocente de todas las acusaciones que se le habian dirigido, reconociéndole plenamente católico y en consecuencia verdadero pontífice. Fué sin duda una lisonja el declarar despues que ninguna intervencion habia tenido el rey de Francia en estas violencias ejercidas contra el Papa, y que Nogaret y Colonna habian obrado sin ninguna orden ni impulso del rey. El príncipe satisfizo á la cámara apostólica cien mil florines, en indemnizacion de los gastos ocasionados por tan difuso proceso.

»En el mismo año el Papa aprobó la eleccion de Enrique de Luxemburgo como rey de los romanos, y bajo condicion de que este príncipe iria á Roma para ser coronado emperador. Lo fué en efecto en 1312, pero no por manos del Pontífice ni de las del cardenal de Ostia, á quien pertenecia este honor, sino por las del cardenal de Sabina, enviado allí por orden de Clemente y que procedió á esta ceremonia acompañado de otros cuatro cardenales.

»Habiendo el emperador marchado para hacerse coronar en Roma, encontró en Lausana á Balduino, arzobispo de Treveris y á Juan de Molans, canónigo de Toul, ambos delegados por el Papa. Prestó en sus manos el juramento que habia ya hecho por representacion en Aviñon, consistente en defender la fé católica, exterminar las herejias, no hacer alianza con los enemigos de la Iglesia, proteger al Papa y conservar los derechos de la Santa Sede. Renovó y confirmó las donaciones hechas á la Iglesia por Carlo-

Magno, Luis el piadoso, Othon el grande, Enrique II y otros emperadores.

» Llegado à Milan, el príncipe y su esposa fueron coronados por reyes de Lombardía el 6 de Enero del año 1311, por Gaston de la Torre, arzobispo de Milan, comisionado á este efecto por el Papa.

» Es preciso confesar aquí para gloria de la córte de Aviñon, que á pesar de algunos errores cometidos, los derechos del sòlio pontificio no hubieran sido conservados mejor en Roma mismo.

» Desgraciadamente Enrique de Luxemburgo no sostuvo sus juramentos y murió en 1313, excomulgado por Clemente.

» Una circunstancia que precedió á la muerte de Enrique nos hará conocer lo que habian llegado á ser las excomuniones; es preciso no considerarlas aquí mas que como armas políticas que no van á pertenecer exclusivamente al clero.

No encontrando Enrique de Luxemburgo un Papa ni un arzobispo pronto á secundar sus resentimientos contra Florencia, que no queria reconocerle, erigió un tribunal imperial en Pisa, y emprendió el someter por fallos lo que resistia á sus victorias. Quitó á los florentinos todos sus privilegios, franquicias y derecho de acuñar moneda; no reconoce al jefe que ellos habian nombrado, destituye sus jueces y notarios, manda borrar los actos de unos y las ordenanzas de otros, declara al rey Roberto caido de su trono de Nápoles como reo de lesa majestad, *libra á sus súbditos del juramento de fidelidad*, y les prohíbe la obediencia á un príncipe que no es ya su rey. Se alía con Federico, rey de Sicilia, y vence á los genoveses, que se arman contra Roberto. Este solo podia defender á los florentinos, rodeados por todas partes; se deciden estos republicanos, primero tan animados, á nombrarle *director, gobernador, protector y señor de Florencia*.

« Así los que juzgan en el dia los hechos de aquel tiempo y profieren apasionadas palabras, como es costumbre cuando se trata de los papas, les vituperan por haber pronunciado una excomunion, que es la separacion de la comunión, siendo así que un emperador podia excomulgar políticamente á sus enemigos, debilitar su poderío, y usurpar, á lo menos de palabra, un poder que entonces competia únicamente á la Iglesia.

« Dejemos á las pasiones de los hombres agitarse infundada-

mente, y sigamos la explicacion de los anales pontificios, que no podemos interrumpir por largo tiempo.

« Los venecianos en 1310 habian ocupado la ciudad de Ferrara, perteneciente á la Santa Sede. Clemente fulminó contra ellos una bula de excomunion, y envió con un ejército al cardenal Arnaldo, quien batió á los venecianos y recobró la ciudad.

« Los de Ferrara delegaron entonces una embajada al Santo Padre, la cual en un consistorio público, confesó que dicha ciudad de Ferrara era un feudo de la Iglesia, y que si los marqueses de Este la habian sometido á su jurisdiccion, habia sido por la fuerza y no por la justicia. Que oprimida por dicha casa de Este habia recurrido á los venecianos para recobrar su libertad, pero estos la redujeron á la mas espantosa miseria: y se reconoció por todo ello como fiel vasallo del Santo Padre.

« Clemente publicó una bula, la cual patentizaba que Ferrara pertenecia á la Santa Sede desde Carlomagno, que habia libertado esta ciudad de la tiranía de Didier, rey de los Lombardos. Los venecianos pidieron entonces la absolucion de los daños que habian ocasionado á Ferrara, y fueron absueltos en 26 de Enero de 1318.

« Clemente que habia visitado toda la provincia de Venesino, la dió el nombre de condado. Mandó acuñar monedas de plata, en las que se intitulaba conde de aquel territorio, escogiendo un sitio proporcionado en el cual mandó construir un castillo: aquí es donde consultado casi de todas las partes de Europa, firmó las decisiones pontificias necesarias para la buena administracion de la disciplina eclesiástica y defensa de los derechos de la Santa Sede.

« En una segunda promocion de cardenales, Clemente no concedió la púrpura mas que á franceses, siendo en número de cinco. Los italianos se quejaron contra esta especie de exclusivismo.

» El pontificado de Clemente se ha hecho célebre por el 15.º concilio general celebrado en Viena. Empezó en 11, y otros dicen el 16 de Octubre de 1311, y concluyó despues de tres sesiones, el 6 de Mayo de 1312. Concurrieron muchos cardenales, dos patriarcas, trescientos obispos, el rey de Francia y sus tres hijos, que todos reinaron despues de él; Eduardo II, rey de Inglaterra, Jaime II, rey de Aragon, y muchos otros personajes. En este concilio se procuró reanimar la fé, debilitada por frecuentes herejías; refor-